

**LA CRISIS CAPITALISTA ACTUAL Y EL  
MARXISMOLENINISMO \***

Fernando CARMONA\*\*

[...] la manera de ver las cosas [de Carlos Marx] no es una doctrina sino un método. No proporciona dogmas ya elaborados sino criterios para una investigación posterior y el método para esa investigación.

Así resumió Engels un rasgo esencial de la teoría revolucionaria del proletariado, firmemente científica y a la vez de un profundo humanismo, de la que fue cofundador como camarada entrañable de Marx durante cuatro intensas décadas de afanoso estudio y fructífera creación intelectual, incesante actividad práctica en las luchas anti-feudales y antiburguesas de su tiempo, intransigente deslinde ideológico y aguda polémica, continuo batallar por la organización internacionalista de los trabajadores, incansable búsqueda, fundidos en la acción política con los más concientes obreros y los más combativos intelectuales de la Europa de entonces, de las bases programáticas y de la estrategia y la táctica indispensables para conducir a las masas hacia el derrocamiento del capitalismo, llevar al poder a la clase obrera como segura vanguardia de las más amplias masas del pueblo trabajador, e instaurar el poder popular: la dictadura de los proletarios explotados sobre la burguesía explotadora que permitiría construir una sociedad nueva de trabajadores capaces de convertir en

\* Discurso pronunciado en el acto celebrado en el Auditorio «Ricardo Flores Magón», del Congreso del Trabajo, el 5 de mayo de 1983, en ocasión de los 165 años del nacimiento de Carlos Marx y en el centenario de su muerte.

\*\* Investigador titular del IIEC.-UNAM.

realidad los viejos anhelos de libertad, igualdad, fraternidad, cultura, seguridad y paz para todos.

### *El marxismo es antidogmático*

Si el marxismo fuese un dogma, un simple conjunto de recetas y consignas políticas, un mero planteo social generoso pero utópico o en el mejor de los casos, una explicación de valor científico a fenómenos parciales de la sociedad en su eterna relación con la naturaleza —o de esta sola—, o sólo una valiosa interpretación filosófica del proceso humano global que sintetizara y diese generalidad, correctamente, a ciertos aspectos fundamentales del movimiento, la materia, la lógica, las leyes sociales y naturales, habría perdido la mayor parte o toda su vigencia.

No conmemoraríamos su muerte, como hoy se hace en todo el planeta en auditorios obreros, en recintos universitarios, cívicos y culturales y aun en los medios generales de comunicación, con plena conciencia, esplendor y justificable orgullo nacional y popular en el creciente número de países de todos los continentes donde las ideas del marxismo empezaron a ponerse en práctica a partir de 1917; con amplitud en naciones europeas donde el movimiento obrero, comunista y socialista, es fuerte; clandestina y calladamente en naciones asoladas por dictaduras proimperialistas e incluso fascistas, y en formas limitadas pero dignas y genuinas y con un indudable eco popular en países como el nuestro, en actos como el de esta noche.

Si el marxismo fuese un dogma o cualquiera de las cosas anteriores, no hubiese sido abrazado por tantos hombres y mujeres de la Tierra a quienes sirve de guía para la acción política, como también insistiera Engels y como Lenin lo predicó consecuentemente con el ejemplo. Marx y Engels ocuparían acaso un digno lugar al lado de Epicuro, Descartes, Bacon, Hegel y los más destacados filósofos de la historia previa, y junto a Quesnay, Petty, Smith, David Ricardo o Morgan y otros fundadores de la ciencia social burguesa clásica; o serían quizás tomados en cuenta entre los sistematizadores de las ciencias sociales y naturales y sin duda entre los creadores de sistemas sociales idílicos como Moro y Campanella, Saint Simon, Fourier y Owen. El marxismo hubiese perdido y no ganado terreno entre las masas del pueblo, como todas las teorías sociales, científicas, filosóficas y aun religiosas que de una u otra forma no se compadecen con el contradictorio proceso histórico real y con los cambios fenomenales ocurridos en el mundo desde la muerte de Marx.

El marxismo sería entonces sólo una de las cumbres del pensamiento humano o tal vez una corriente social o un movimiento político respetable —como el gandhismo y el pacifismo, el anarquismo en sus mejores expresiones o el moderno ecologismo—, y no se hubiera extendido por el mundo ni su método, principios e ideales adquirido el valor de fuerza material para no sólo interpretar sino sobre todo para guiar la transformación de la sociedad y la naturaleza que hoy tiene —como patrimonio que es de centenares de millones de obreros y otros asalariados, decenas de millones de campesinos, millones de trabajadores intelectuales y cientos de miles de artistas— en las luchas proletarias ora por construir, resolver las nuevas contradicciones, defender y consolidar el socialismo real como antesala de la futura sociedad comunista, que comprende ya un tercio de la humanidad y constituye un sistema internacional que nació en la URSS y que abarca las quince repúblicas soviéticas confederadas, un buen número de Estados y cientos de nacionalidades en Europa, Asia, África y Cuba en nuestra América, además de China, Albania y otros países lamentablemente alejados de dicho sistema o todavía en una fase democrático-popular como Nicaragua y Afganistán, o que intentan un «socialismo islámico» o de otro tipo como Yemen o Argelia, países todos estos donde el marxismo también tiene una poderosa presencia; ora en su enfrentamiento de clase con la burguesía y la oligarquía monopolista nacional e internacional en los países metropolitanos y en los subdesarrollados, estructuralmente dependientes, del sistema capitalista; ora en sus luchas de liberación nacional contra el imperialismo que en más de una docena de países en estos momentos es la defensa de sus todavía jóvenes revoluciones antimperialistas triunfantes; ora en el esfuerzo contra el imperialismo por impedir la guerra nuclear y las guerras «convencionales» contra los pueblos; ora en el simple aunque generoso empeño por abrir paso a la ciencia, la educación y las artes no burguesas y por resolver añejos problemas sociales creados por el capitalismo y que la crisis capitalista actual ha profundizado y vuelto aún más complejos.

### *Permanente capacidad de creación y renovación*

El vigor del marxismo reside en su permanente capacidad dialéctica de actualizarse y desarrollarse, de detectar y aprehender lo esencial en los cambios del proceso social y en la relación del hombre con la naturaleza, de revisar viejos problemas pertrechado con los avances de la información, las ciencias y la tecnología, de abordar

objetivamente los nuevos problemas con una metodología pertinente, de establecer las interrelaciones históricamente determinadas entre el hecho socioeconómico estructural y los fenómenos políticos, ideológicos, jurídicos y culturales de la superestructura social, entre lo nacional y lo internacional, entre lo objetivo y lo subjetivo. Vale la pena repetir aquí la siguiente conocida apreciación de Lenin:

[...] La historia de la filosofía y la historia de las ciencias sociales enseñan con toda claridad que en el marxismo no hay nada que se parezca al 'sectarismo', en el sentido de una doctrina encastillada, anquilosada, que ha surgido al margen de la carretera real del desarrollo de la civilización mundial; [...] La doctrina de Marx es omnipotente, porque es exacta. Es completa y armónica, dando a los hombres una concepción del mundo íntegra, irreconciliable con toda superstición, con toda reacción y con toda defensa de la opresión burguesa. Es la legítima heredera de lo mejor que creó la humanidad en el siglo XIX bajo la forma de la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés.

El secreto de la fuerza del marxismo está en su desarrollo del materialismo filosófico, dialéctico e histórico, que él mismo creó, despojado del simplismo y el pragmatismo vulgares de otros sistemas materialistas y de las irrealidades idealistas, y para el que nada está definitivamente conocido y todo es un proceso o un conjunto de procesos en permanente cambio y choque de contradicciones que deben investigarse concretamente y a fondo. Reside en su capacidad de examinar la historia humana como un proceso de lucha de clases y el cotidiano devenir del presente como la historia que hoy se escribe condicionada y a menudo determinada por el concreto ayer, apuntado siempre al futuro; en la precisión que otorga para desnudar los más recónditos fenómenos de la explotación capitalista —y de todos los sistemas de opresión—, así como las contradicciones que ésta engendra en cada situación histórica, para guiar la lucha de las mayorías explotadas hacia la toma de poder y la erradicación del sistema explotador: hacia el socialismo aquí y ahora.

Por esto en un siglo el marxismo ha podido nutrirse y desenvolverse más y más con los aportes de miles y miles de científicos sociales, pensadores y hombres de acción —incluso artistas—, y con las luchas revolucionarias de los trabajadores y sus aliados. En primer lugar y sobre todo, con los aportes de quien inmerso profundamente en la acción revolucionaria, pudo teorizar mejor y con más hondura en el proceso histórico mundial, y desprender las consecuencias políticas prácticas del tránsito capitalista a la etapa del imperialismo que ex-

tendió este sistema hasta los últimos rincones de la Tierra; defender frente a sectarios, revisionistas y reformistas la pureza antidogmática y dialéctica revolucionaria del marxismo; aprehender y sistematizar las nuevas contradicciones, concebir y corregir algunas apreciaciones erróneas del periodo teórico previo y llevar a sus últimas consecuencias el análisis de importantes cuestiones hasta entonces apenas esbozadas; encabezar la organización del partido de los trabajadores de nuevo tipo y conducir a éstos a la primera revolución socialista triunfante: Vladimir Ilich Lenin.

Convertida en marxismoleninismo la teoría revolucionaria del proletariado se volvió más potente aún. A su caudal se sumaron los nuevos afluentes europeos de Gramsci y los luchadores antifascistas, de las experiencias de la construcción socialista en el oriente de ese viejo continente y cada vez más, los surgidos de la lucha antimperialista del «Tercer Mundo», de los revolucionarios hindús, chinos, coreanos, vietnamitas, angolanos, mozambiqueños, palestinos así como de las luchas latinoamericanas vinculadas a los nombres de Mariátegui, Mella, *Ché* Guevara, Salvador Allende, Carlos Fonseca y Fidel Castro.

La fuerza del legado de Marx, Engels y Lenin descansa en los fundamentos que aporta para organizar y establecer el programa revolucionario de los obreros y sus aliados para un país y una fase histórica determinados y la correspondiente estrategia y táctica de lucha, que a su vez, cuando se asimila creadoramente, pueden enriquecerse con la experiencia revolucionaria universal.

También estriba en el arsenal teórico y político que entrega a los trabajadores para construir la nueva sociedad sobre sólidos cimientos y según las peculiares necesidades históricas de espacio y tiempo, asimismo fortalecido por la concreta experiencia de los pueblos que hoy integran el sistema socialista, el cual a su vez brinda una segura y cálida solidaridad a las revoluciones triunfantes. Experiencia que de tomarse con acierto permite evitar errores, prever situaciones difíciles y resolver con oportunidad contradicciones que ahorren sufrimientos y desviaciones como las ocurridas en China, Campuchea y Polonia o en la propia URSS en determinados momentos durante la jefatura de Stalin; solidaridad internacionalista proletaria que facilita el afrontar con éxito el acoso economicotécnico, político y militar imperialista y derrotar a los enemigos internos.

Una fuente más del poder del marxismoleninismo es su natural, lógica, necesaria y nunca espuria asimilación y desarrollo de la cultura universal y nacional, e incorporación de las mejores tradiciones de lucha libertaria de cada pueblo al patrimonio común de los trabaja-

dores, nutrido éste por aquéllas y al mismo tiempo alimentándolas, lo que por ejemplo nos permite a los latinoamericanos ser bolivarianos y marxistaleninistas y explicar que los revolucionarios cubanos sean ahora marxistas sin dejar de ser martianos, que el pueblo trabajador nicaragüense honre al sandinismo mientras sienta las bases del tránsito a la nueva sociedad.

Esta cualidad permite que muchos mexicanos pugneemos por aplicar la teoría de Marx, Engels y Lenin y al mismo tiempo por velar la herencia revolucionaria de Hidalgo y Morelos, de Flores Magón y Zapata y desde luego de Ocampo y Juárez que en este 5 de Mayo, hace 122 años, marcaron un hito histórico en la más que secular y aún no concluida lucha del pueblo y la nación mexicanas por su independencia y libertad. Cultura y tradiciones que sin embargo, como antes en Cuba y otros países, en México será todavía preciso rescatar de manos a la burguesía que las adultera y momifica, quitándoles su filo popular revolucionario y subordinándolas al imperalismo, en primer lugar el de los Estados Unidos.

#### *Organizar para conocer, prever y actuar*

El marxismoleninismo pues, no es otra cosa que la teoría revolucionaria contemporánea sin la que no puede haber un movimiento revolucionario capaz de triunfar, como insistiera Lenin, porque exige la fusión de la teoría con la práctica y la verificación rigurosa de la primera en la segunda; porque permite explicar las situaciones históricas más contradictorias y cambiantes, abstraer de ellas y ordenar y jerarquizar sus elementos esenciales y arribar a la verdad social con paso seguro y sin velos ni tapujos —verdad que, como también lo enfatizara Lenin, es siempre revolucionaria—, detectar tendencias, precisar condiciones a satisfacer en cada proceso y en cada momento, y prever fenómenos sin que los revolucionarios tengan que vivir a la zaga de los acontecimientos y atrás de la iniciativa política de la clase dominante.

Pero su aplicación creadora, es decir marxista y leninista, es todo menos sencilla. Presupone no sólo el dominio de la teoría misma y de sus categorías, conceptos, metodología e instrumentales indispensables, sino también el conocimiento concreto de la realidad histórica concreta y de cada uno de los procesos particulares más importantes, al menos en sus perfiles básicos, para desprender las implicaciones políticas de mayor relieve.

Reclama sobre todo la organización capaz de constituirse en vanguardia de la lucha revolucionaria al fungir como el puntual y eficaz «intelectual colectivo» de que habló Gramsci, con una elevada moralidad y fortalecida en el centralismo democrático por la práctica de cuadros capaces de ejercer una crítica y una autocrítica objetivas y certeras, centralizar en la dirección las líneas estratégicas y tácticas fundamentales y descentralizar su ejecución confiando en la iniciativa de las bases. La organización leninista tiene que contar con una férrea cohesión interna apoyada en una genuina unidad teórica, ideológica y política, la subordinación de la minoría a la mayoría, el combate intransigente contra toda acción fraccionalista y contra el liberalismo, el revisionismo, el reformismo y el oportunismo sin caer en el dogmatismo, el sectarismo y otras desviaciones —casi siempre pequeñoburguesas— que comprometen o mellan la eficacia de la acción.

Sólo una organización así puede llegar a fundirse con las masas obreras, ensanchar la alianza de éstas con el campesinado, los demás proletarios y otras capas del pueblo, concentrar su energía contra el enemigo principal y no gastarla inútilmente en los secundarios, orientándose por el específico programa para la etapa y fase históricas que resulte de la aplicación multifacética de la teoría a la realidad por dicha organización, para abrir paso a una estrategia que se verifique y ajuste con la acción táctica más flexible, que pueda brindar protección a los luchadores, restañar heridas, corregir errores y en su momento, asumir, retener y ensanchar el poder proletario.

El leninismo, lo sabemos, es el marxismo de la época del imperialismo y el tránsito histórico, por la vía revolucionaria, al socialismo. El leninismo recogió y desarrolló todo lo esencial del marxismo en una época en que el capitalismo «librecompetitivo» se había convertido ya en monopolista y luego en imperialismo, para pronto pasar a ser capitalismo monopolista de Estado, cuando sus contradicciones en la escala nacional y sobre todo internacional se volvieron inzanjables y el desarrollo aún más desigual y anárquico; pero cuando asimismo aumentaron, como nunca antes, las posibilidades de derrocar el orden capitalista, si bien no simultáneamente en un conjunto de los países más desarrollados como pensaron Marx y Engels sino, primero, en un solo país, en la antigua Rusia zarista multinacional que por sus contradicciones internas y el más grande avance del movimiento revolucionario propio, en una coyuntura tan crítica del capitalismo como la de la Primera Guerra Mundial, llegó a ser el eslabón más débil de la cadena imperialista donde triunfara la primera e histórica

revolución del proletariado, que a su vez influiría más y más en el proceso histórico mundial.

La prueba incontestable de la verdad del marxismoleninismo es la consolidación del socialismo en la URSS y el triunfo de nuevas revoluciones proletarias en otros eslabones débiles de la cadena imperialista, donde hubo una vanguardia capaz de impulsarlo. Es el desenvolvimiento del sistema del socialismo pese a las incesantes agresiones imperialistas y la herencia de atraso, que en algunos países como la URSS y otros de Europa llegó ya a la fase del socialismo desarrollado sobre la base de la irreversible transformación de la propiedad privada de los medios de producción en propiedad de todo el pueblo trabajador —rasgo *sine qua non* del genuino socialismo— la eliminación de la burguesía explotadora como clase, la reconstrucción del Estado como una fuerza del pueblo trabajador agrupado en torno a la clase obrera y con una creciente participación popular en ese poder, la planificación integral y genuinamente democrática del proceso económico y sociocultural para la elevación constante de los niveles de alimentación, vivienda, salud, educación, recreación y cultura de los trabajadores, y ya sin crisis ni desempleo, sin inflación ni desequilibrios incontrolables, sin la inexorable degeneración de la cultura nacional, sin la insoportable descomposición social ni la creciente opresión e inseguridad que asuelan a los pueblos como el nuestro, la mayoría de la humanidad, todavía sometidos a la explotación, la irracionalidad y la inhumanidad del imperialismo.

### *La crisis del capitalismo*

Un hecho histórico que envuelve y condiciona el desenvolvimiento histórico de la humanidad entera y que otorga la mayor vigencia al marxismoleninismo, es la propia crisis internacional del capitalismo monopolista. Marx dejó establecida la inevitabilidad de las crisis capitalistas de sobreproducción de mercancías y del propio capital, cuando la mayoría de los teóricos burgueses las declaraban «imposibles», aun décadas después de muerto el formidable revolucionario alemán, en términos como éstos, tomados del tomo primero de *El Capital*:

[...] sólo a partir del momento en que la industria mecánica se ha arraigado tan profundamente que influye de un modo predominante sobre la producción nacional; en que gracias a ella, el comercio interior comienza a tomar la delantera sobre el comercio exterior; en que el mercado mundial se anexa sucesivamente ex-

tensas zonas del nuevo mundo, en Asia y en Australia; y en que, por último, las naciones industriales que se lanzan a la palestra son ya lo suficientemente numerosas; solamente a partir de entonces comienzan a presentarse aquellos ciclos constantemente repetidos cuyas fases sucesivas abarcan años enteros y que desembocan en una crisis general, final de un ciclo y punto de arranque de otro nuevo.

Marx también teorizó el proceso de concentración y centralización del capital que acompaña al de acumulación de éste, que lleva a una mayor monopolización que se produce dentro de la propiedad de los medios de producción, de suyo monopolizada por la clase de la burguesía —o sea la expropiación de los burgueses más débiles por los más fuertes—, así como el ciclo de reproducción del capital, las tendencias de la composición orgánica del mismo a elevarse (por imperativos de la competencia capitalista y de la explotación de los trabajadores, que obligan a introducir máquinas, equipos y procesos que eleven la productividad) y la tasa de ganancia a descender, el papel subordinado de la innovación tecnológica al proceso de acumulación de capital y otras cuestiones esenciales con implicaciones formidables para el ulterior desarrollo del capitalismo.

En los doce años en que Engels sobrevivió a Marx, en que entre otras cosas realizó la formidable tarea de completar y editar los tomos dos y tres de *El Capital*, pudo constatar y explicar las consecuencias de los fenómenos anteriores en la formación de monopolios, la exportación de capitales y la expansión del mercado mundial. Pero tocó a Lenin construir todo el basamento teórico esencial que nos permite comprender que en nuestro tiempo las viejas crisis capitalistas cíclicas se entreveran con una crisis general del propio capitalismo, en un modificado escenario mundial en el que la contradicción fundamental del sistema (producción socializada/apropiación privada) ha llegado a cobrar la dimensión que le otorga el desplazamiento a ese escenario, en la forma de la contradicción entre el capitalismo y el socialismo. Escribió Lenin:

La crisis es tan profunda, está tan extendida, abarca hasta tal punto al mundo entero y está tan estrechamente ligada al capital, que la lucha de clase contra el capital tiene inevitablemente que revestir la forma de supremacía política de los proletarios y semi-proletarios. No hay otra salida. [...] nos hallamos ante una socialización de la producción y no un simple «entrelazamiento» [...] las relaciones económicas privadas y de propiedad privada constituyen una envoltura que ya no corresponde a su contenido, una

envoltura que inevitablemente ha de descomponerse si se aplaza artificialmente en su supresión, una envoltura que puede permanecer en estado de descomposición durante un periodo bastante largo (si en el peor de los casos, la curación del absceso oportunista se prolonga demasiado), pero que será inevitablemente suprimida.

La crisis actual del capitalismo que se iniciara hace tres lustros, no se puede entender si se la pretende explicar meramente como una crisis cíclica y fundamentalmente económica, digamos más o menos clásica de sobreproducción, como las que Marx estudió. Entre otras cosas el ciclo económico mismo se ha alterado profundamente en los últimos tiempos. El directo instrumental teórico que Marx nos legó es ciertamente indispensable para comprender las crisis cíclicas y otros fenómenos básicos del desarrollo capitalista; pero no basta porque en la etapa del imperialismo algunos fenómenos anteriores experimentaron importantes cambios de calidad y surgieron otros.

Para comprender la naturaleza y alcance de la crisis cíclica actual es necesario, pues, ubicarla en la antes mencionada crisis general del capitalismo iniciada en los años de la Primera Guerra Mundial, cuando también comienza el tránsito, primero en algunas metrópolis imperialistas de Europa, a la etapa histórica del capitalismo monopolista de Estado, y, más concretamente en 1917, es decir, como una crisis que no es sólo económica sino también política, ideológica, social, cultural, moral —estructural y superestructural a la vez—, que abarca a todo el sistema, no se interrumpe en ningún momento, ni siquiera en los periodos cíclicos de auge, y experimenta cambios a través de las fases que va cursando. Podría decirse que la crisis general es ya sobredeterminante en el desarrollo económico cíclico y el desenvolvimiento todo del capitalismo mundial.

Sucede así por factores económicos debidos primordialmente a la agigantada acción del Estado burgués, ante todo en las metrópolis, así como del capital monopolista de Estado transnacional, acción que en los últimos quince o veinte años internacionalizó el proceso de acumulación de capital y las relaciones sociales de producción en una escala sorprendente. De aquí surgen fenómenos internacionales de la envergadura de las llamadas crisis monetaria, la de energéticos o la de alimentos, o bien el «estancamiento con inflación» y otras calamidades que repercuten sobre los trabajadores de todo el sistema, en que desenlazara el periodo de relativo rápido desarrollo del capitalismo mundial en la última posguerra, cuando se registraron sólo caídas cíclicas más o menos leves, que se prolongó hasta mediados de los años sesenta. En rigor los mecanismos de regulación monopolista-

estatales que durante dos decenios fueron relativamente eficaces, entraron en una profunda crisis desde hace tres lustros.

También es así —y cada vez más— por factores políticos originados principalmente en la existencia del sistema socialista, que inciden sobre los económicos. El socialismo es el fundamental hecho histórico que en esta etapa impulsa los cambios en la correlación internacional económica, política y militar de fuerzas progresivamente en contra del imperialismo. Tal es el sentido en los últimos decenios del intenso proceso de descolonización, del surgimiento del Movimiento de Países No Alineados, de la épica victoria del pueblo de Vietnam sobre el imperialismo francés, japonés y estadounidense; de la activación de las luchas de liberación nacional en el Cercano Oriente, en África, en Centroamérica y el Caribe; del acelerado desenvolvimiento de las fuerzas pacifistas mundiales; de las demandas de un Nuevo Orden Económico Internacional de casi la totalidad de los gobiernos de los países capitalistas subdesarrollados. Todas estas fuerzas encuentran en el sistema socialista un firme apoyo y no dejan de expresar el conflicto entre la burguesía y el proletariado de cada país, exacerbando contradicciones interimperialistas e interburguesas, cierran el paso a la guerra generalizada convencional y con mayor razón todavía, a la atómica.

El resultado es que en los últimos decenios el capitalismo no ha podido contar —y debemos esforzarnos por impedir que llegue a contar— con el «normal» recurso de la guerra, en la escala «necesaria» para dar salida a sus problemas de reproducción del capital. Ni el armamentismo, ni las guerras localizadas contra el «Tercer Mundo», ni un parasitismo y despilfarro cada vez mayores del sistema pueden resolver estos problemas. Y que las crecientes dificultades económicas y políticas dentro de las metrópolis lo mismo que internacionales, sirven de excusa a los imperialistas más reaccionarios de Europa, Japón y los Estados Unidos, con el gobierno de Ronald Reagan a la cabeza, para adoptar medidas desaforadas y extremar su agresividad, su atávico anticomunismo injerencista, ahora más violento y visceral contra el socialismo y las revoluciones antimperialistas triunfantes o en una fase avanzada en nuestro «Tercer Mundo», como ahora lo vemos en el accionar del gobierno imperialista norteamericano contra Cuba, Granada y Nicaragua y contra los pueblos de El Salvador y Guatemala aquí en la vecindad de México, en suelo de Nuestra América.

Reparemos en que el imperialismo echa mano a todos sus resortes en su afán por impedir el avance revolucionario de los pueblos: económicos, técnicos, políticos, militares, ideológicos, culturales. Se trata

de una verdadera ofensiva estratégica antipopular, antisocialista, anti-comunista, antisoviética, que si bien no se ha interrumpido un solo instante en toda la posguerra, ahora es más intensa. La política toda del gobierno imperialista de los Estados Unidos y en particular el armamentismo, cuantioso negocio de transnacionales que tiene también el deliberado propósito de obligar a los Estados socialistas y revolucionarios a distraer cuantiosos recursos humanos y materiales en su defensa —y mantener y aun agravar la tensión internacional con que se pretende justificarlo—, alcanza extremos inauditos y arroja sobre la humanidad entera el peligro de su destrucción total, vuelto inminente por la administración de Reagan con sus acciones agresivas e ilegales en todos los rincones del planeta.

En la ofensiva imperialista no intervienen sólo las grandes potencias asociadas en la OTAN y otros pactos militares que involucran al Japón o Australia. También se instiga a testaferros derechistas que no son propiamente potencias industriales del capitalismo, como los regímenes del Israel sionista que sirve de ariete contra la revolución liberadora del pueblo palestino y otras naciones árabes; la Sudáfrica del *apartheid* lanzada contra los gobiernos revolucionarios de Angola, Mozambique y el movimiento independentista de Zimbabwe; el de Sudán y otros contra la revolución etiope; el de Pakistán contra la revolución afgana; el de Tailandia contra Vietnam, Campuchea y Laos; el de Corea del sur contra la república socialista del norte; el de Honduras contra la Revolución Popular Sandinista y contra los procesos revolucionarios de los pueblos salvadoreño, guatemalteco y el hondureño mismo. La historia del imperialismo está llena de acciones como éstas que hoy ocurren ante nuestros propios ojos. Incluso China, desviada de sus propósitos socialistas originales y animada de un afán hegemónico, interfiere y atenta contra el movimiento emancipador de los pueblos en muchos países y ha llegado al extremo de agredir militarmente, una y otra vez, al Vietnam heroico.

Pero se ha producido un inmenso cambio de calidad orillado por el propio imperialismo, como lo anticipaba científicamente la teoría leninista: el armamentismo, principalmente el de los Estados Unidos, impulsa importantes aspectos de la crisis económica (enormes déficit fiscales, tasas de interés al aumento, reducción del gasto social del Estado, desequilibrios financieros externos, mayor desocupación) y engendra profundas contradicciones. La moderna lucha antimperialista de liberación nacional gana cada vez más un extendido reconocimiento de que es la más legítima de los pueblos. Hoy ya no es el sistema colonial del imperialismo sino el neocolonial, el que está en

crisis. Por necesidad histórica muchos movimientos de emancipación son socialistas en esencia y casi todos tienden hacia la alternativa del socialismo, que la teoría revolucionaria científica ha probado que es posible en países económica y técnicamente atrasados, sin que éstos tengan que perpetuar las taras del precapitalismo y la brutal herencia del subdesarrollo capitalista.

La crisis actual es entonces, la crisis general y cíclica del capitalismo monopolista de Estado. A la luz de procesos económicos y políticos mundiales como los antes señalados, incluso pareciera que en el curso de la década pasada se inició una nueva y más riesgosa, pero también más definitiva fase para el proceso revolucionario mundial: una cuarta fase de esta crisis general del capitalismo imperialista. Se desprende de todo ello que un fenómeno como la presente crisis capitalista cuyas consecuencias se proyectan a todo el sistema, no puede entenderse si se prescinde de Lenin y el leninismo que lo ha planteado y comprobado científicamente como crisis general del capitalismo: tránsito al capitalismo monopolista de Estado, creciente descomposición del imperialismo y rupturas revolucionarias socialistas.

No se puede comprender sin considerar otro formidable aporte teorico-práctico del leninismo, o sea la concreta existencia del socialismo, un nuevo modo de producción que liquidó la propiedad privada de los medios de producción, introdujo cambios de envergadura histórica en el mundo y ha devenido en un sistema de Estados socialistas asociado en torno al que abrió la nueva etapa de la humanidad con el primer triunfo revolucionario, la URSS, sistema cuyo más firme, estable y rápido desarrollo planificado y su tenaz, congruente y lógica política exterior de coexistencia, respeto a la autodeterminación de todos los pueblos, desarme, distensión y paz, le permiten cumplir el papel de principalísimo catalizador en el rumbo histórico de la correlación internacional de fuerzas contrario al imperialismo.

Tampoco se podrá entender y menos aún se podrá actuar certamente en dirección de la derrota definitiva del sistema imperialista, si se aceptan las «teorías» del revisionismo moderno de cualquier matiz. Si por ejemplo se sostiene lo insostenible: que las dos «superpotencias» mundiales, los Estados Unidos y la URSS, son dos «imperialismos» y no la encarnación más sobresaliente de la tesis imperialista y la antítesis socialista de nuestra época; si se cae en el juego oportunista del antisovietismo y el anticomunismo.

En pocas palabras, en nuestro tiempo sólo se puede ser un consecuente militante marxista si se es también leninista. Claro está que se pueden hacer ciertos aportes a las luchas populares y al conoci-

miento de la realidad concreta y tal vez a la teorización de aspectos parciales desde otras posiciones —incluso francamente burguesas—, pero ellas carecerán de la cabalidad y congruencia de los que se hacen apoyados en el marxismoleninismo. Y la crítica a los revolucionarios e incluso al socialismo real, sólo será verdaderamente válida si se hace dentro del propio marxismoleninismo; esto es, si se consideran los elementos de cada situación histórica concreta, se emite apoyada en la autocrítica y no se brindan armas al enemigo imperialista.

*La crisis continuará y condicionará  
la lucha de los pueblos*

En su informe final a la VII Cumbre de los Países No Alineados en Nueva Delhi, Fidel Castro hizo el pasado marzo la siguiente apreciación sobre la crisis actual:

Las potencias imperialistas [...] enfrentan ahora problemas de hondura y gravedad inimaginables sólo 10 o 15 años atrás. Uno de ellos consiste en el comportamiento del ciclo, ahora caracterizado por fases de recuperación cada vez más breves, débiles y vacilantes, acompañados a la vez de fenómenos persistentes y al parecer concomitantes de altos niveles de inflación y desempleo. Mas pudiera añadirse otros problemas —interrelacionados todos— no menos serios y aparentemente insolubles, a saber: las bajas tasas tendenciales de crecimiento a mediano y largo plazos, los procesos crónicos de inestabilidad monetaria y financiera, la crisis energética, la crisis ecológica y lo que ya se evidencia a todas luces como crisis de todo el sistema neocolonial.

La crisis capitalista actual, séase como una posible nueva fase de la crisis general o como la continuación, en un nivel más complejo, de la tercera fase anterior, concluirá sólo cuando deja de existir el capitalismo. Podrá haber desde luego efímeros periodos cíclicos de auge en el futuro; pero todos los principales problemas seguirán complicándose. Es decir, proseguirá implacable la descomposición de este sistema y la crisis golpeará más duramente —como en toda la historia del capitalismo— a los trabajadores de los países subdesarrollados estructuralmente dependientes, en los que el endeudamiento con la banca transnacional, la inestabilidad monetaria y la reducción del comercio internacional, repercuten en tasas inflacionarias y de desempleo y subempleo amplificadas, caídas más violentas de la producción

y la exportación y crecientes desajustes y desequilibrios internos y externos.

No olvidemos las implicaciones políticas, pues si de un lado aumentan los peligros de guerras convencionales localizadas o mundial, y aun de una catástrofe nuclear inimaginable, así como de mayores agresiones contra nuestros pueblos, de otro lado también crece la movilización de los trabajadores en las metrópolis imperialistas contra la crisis y por la paz, las luchas liberadoras de los pueblos del «Tercer Mundo» y la solidaridad internacionalista de todos los destacamentos populares revolucionarios y progresistas. Hay otro hecho histórico inamovible: la existencia del sistema del socialismo cuyo desarrollo continúa a paso firme no obstante algunos efectos negativos de la crisis capitalista sobre algunos de estos países. Naturalmente también suben de punto las contradicciones interimperialistas e interburguesas.

En México vivimos y viviremos bajo esta crisis que condiciona el desarrollo histórico universal contemporáneo, complicada aún más que en otros países atrasados porque aquí también se recorre, desde hace décadas, una fase propia de capitalismo monopolista de Estado. El subdesarrollo y la dependencia estructural que es congénita a nuestro capitalismo son cada vez más profundos, por el influjo de una burguesía y sobre todo de su fracción hegemónica, la oligarquía monopolista, crecientemente subordinada al imperialismo norteamericano, y una política económica y social del Estado, tanto en el auge cíclico, como en la «austeridad» y la «reordenación» actuales, que beneficia a los monopolios privados nacionales y extranjeros.

De otra parte, aún es grande la debilidad política de un proletariado nacional que no logra aún su organización independiente de clase para sí. Y son sumamente pronunciadas la dispersión, división y concesiones al revisionismo y al reformismo y el nacionalismo burgueses de importantes sectores de las fuerzas de izquierda; el sectarismo, dogmatismo y pragmatismo de otros, y el carácter incipiente del esfuerzo de otros más. Las luchas proletarias en México se libran en un marco histórico en el cual la ideología burguesa maniata a las fuerzas populares en este país de la «revolución mexicana permanente», un supuesto «Estado de las mayorías» y un pretendidamente inmarcesible «nacionalismo revolucionario».

La responsabilidad de la izquierda mexicana es muy grande. En nuestro país todavía se tendrá que construir la vanguardia que responda y forme a sus cuadros en los principios leninistas de organización; que asimile a plenitud la experiencia histórica de la lucha revolucio-



naria y defienda los mejores valores de la cultura nacional; que actúe con creciente responsabilidad y eficacia política, pertrechada con la comprensión profunda de la etapa que recorre el capitalismo mexicano y mundial, y las implicaciones de la crisis actual para cada sector del pueblo trabajador; que ubique y afronte tenazmente, con conocimiento de causa e imaginación, la acción multifacética del enemigo principal, esto es, el imperialismo estadounidense y la oligarquía monopolista nacional; que considere con acierto y en cada momento el carácter del Estado Nacional y su política interior y exterior; que calibre adecuadamente los cambios en la correlación internacional y nacional de fuerzas que más inciden sobre las condiciones de la lucha; que muestre el camino a las fuerzas motrices del cambio radical en torno al proletariado industrial, con el cual tendrá que fundirse; que actúe en correspondencia a las fases de la propia lucha y abra nuevas vías sin concesiones oportunistas, sin ceder en ninguna cuestión de principio, con la mayor flexibilidad táctica, sin sectarismo ni dogmatismo.

Desde hace largo tiempo en México están dadas las condiciones objetivas para un cambio profundo y la crisis las vuelve más evidentes cada día. Piénsese en que la clase obrera industrial mexicana tan duramente golpeada por la crisis, es bastante mayor, en términos relativos, que la que encabezó la Revolución de Octubre, y en términos absolutos incomparablemente más grande que la que ayer cumplió y cumple hoy un papel de primer orden en el triunfo revolucionario de Cuba y más aún en las victorias de Vietnam, Angola, Etiopía o Nicaragua.

El marxismo y el leninismo no son dogmáticos, pero muchos socialistas mexicanos lo han sido y lo son todavía. El marxismoleninismo no es oportunista ni reformista y es "irreconciliable con toda superstición, con toda reacción y toda opresión burguesa", dijo Lenin, pero en la izquierda mexicana ha habido reformismo y oportunismo. Nos falta rendir el más importante homenaje que nos es dable a Marx, Engels y Lenin, a nuestros próceres revolucionarios mexicanos y latinoamericanos y a los millones de héroes anónimos de la humanidad: aplicar consecuentemente, creadora y firmemente el marxismoleninismo a nuestra realidad para llegar a vencer, con el apremio que reclama el sufrimiento de nuestro pueblo, el desfase subjetivo teórico, ideológico, político y organizativo, para reforzar la lucha internacionalista, antimperialista y antioligárquica, de los trabajadores mexicanos por la libertad nacional, la democracia del pueblo y el socialismo, que per-

mitirá consumir los viejos anhelos de la Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910-17.

Frente a nosotros está un camino arduo pero abierto. Recorrámoslo. El marxismoleninismo no es mágico y ese camino exige un prolongado y difícil esfuerzo. Pero contamos con una teoría probada en mil batallas que nos exige aplicarla con creatividad, honradez y congruencia a la realidad concreta nacional. Contamos con la solidaridad internacionalista del socialismo real y del movimiento revolucionario y progresista mundial que día a día resta poder al imperialismo, y por ello, con una correlación internacional de fuerzas que nos favorece. Y como lo establecieron Marx, Engels y Lenin y lo probara la historia, contamos sobre todo con la clase obrera mexicana urgida de acción, que al emanciparse con su propio esfuerzo liberará, por fin, al pueblo todo de México y a la nación mexicana.